
El Castillo de Iznarromán

1885

Antonio Afán de Ribera

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7946

Título: El Castillo de Iznarromán

Autor: Antonio Afán de Ribera

Etiquetas: Cuento, leyenda

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 1 de febrero de 2023

Fecha de modificación: 1 de febrero de 2023

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

Aún reinaba el emperador Tiberio en Roma. Por el año 16 de la era cristiana, en la provincia de Dux, en la Arabia menor, el noble Calé y la no menos ilustre Rebeca procrearon dos hijos. El primero nació sordo y mudo, y se llamó Cecilio; el segundo Tesifón, que era ciego.

Sabedores sus padres de los milagros que Jesucristo obraba, y deseando que aquellos recobrasen la salud, llegaron a Judea, en busca del Redentor.

La curación tuvo efecto, y su fe recompensada. Los dos hermanos pudieron afirmar las palabras de San Marcos: «A los sordos hizo oír y a los mudos hablar».

Encomendados al discípulo Diego para que los instruyese, les cupo la misión de venir a predicar el Evangelio en España.

Aseguran las crónicas que hicieron diferentes viajes, y que fueron consagrados obispos por San Pedro en Roma el año 44 de nuestra salvación.

De orden del Apóstol, volvieron a sus piadosas taras, llegando un año después a Andalucía, habiendo visitado antes a Jerusalén.

La fama de la santidad y elocuencia de Cecilio se extendió bien pronto por todas aquellas comarcas, y al residir en Granada, entonces conocida por *liberi*, su doctrina fue saludada por los gentiles con tal aplauso, que innumerables de ellos se convirtieron a la fe de Jesucristo.

II

Mandaban por aquel entonces en la ciudad, en nombre del poderoso Imperio romano, los cónsules Publio Manilio y Quinto Cornelio. Cada año de los seis que pasó el santo obispo predicando la verdadera enseñanza, se señalaban por las adhesiones que recibía, creciendo como las flores del campo al influjo del saludable rocío, aquel rebaño milagroso de que era el pastor más adorado.

Los idolatras, conociendo los admirables frutos que daba la palabra de Cecilio, determinaron en su ceguera que recibiera el Santo la corona del martirio. Difieren las opiniones sobre si la persecución fue promovida por los naturales que formaban el municipio, aliados o confederados con los romanos, o por orden exclusiva de estos, obedeciendo tal vez las de su tirano y emperador Nerón, que lo era en aquella época.

Que se acercaba el fin de su gloriosa carrera, fue conocido por el sabio obispo, quien entregó a su discípulo el sacerdote Patricio cuantas reliquias y escritos tenía en su poder para que no se apoderasen de ellas manos profanas. Y así ocurrió a los pocos días. Preso con los que le acompañaban, fue conducido al sitio que vamos a describir, y que da fundamento a esta tradición.

III

Por la parte más elevada de la antigua fortaleza que se conoce por la Alcazaba Cádima, se levantaba, como una de sus mejores defensas, la torre o castillo de Iznarromán, o del Granado.

Al pie de sus ricos muros, entre otros de mayor extensión, existía un estrecho y sombrío calabozo, por todos conceptos inhabitable.

En él estuvo encerrado el santo mártir, hasta que, llevado de nuevo con sus acompañantes al monte Hipulitano, en las cavernas que habían sido moradas de él y los suyos, se consumó el cruento sacrificio, siendo quemados vivos, al parecer en un horno de cal, el año segundo del imperio de Nerón y 57 de Jesucristo

IV

Hoy, entrando por la placeta de San Nicolás al callejón denominado de San Cecilio, en toda la parte de la derecha se ven las imponentes ruinas de la cerca de las murallas del formidable castillo.

En el comedio, y enclavada en un fragmento de torreón se descubre una bien rústica capilla como de tres varas de ancho y cuatro de largo, formada con el hueco de la mencionada torre, y cerrada con una desvencijada puerta de madera con verjas que permiten examinar el interior.

Entrando, se presenta al frente el altar mayor, y en un pequeño nicho la imagen del referido santo. Encima está la muralla que forma la techumbre, y que corona una especie de azotea enladrillada para evitar la lluvia, lo que no se consigue, pues todo el pequeño edificio está ruinoso y carcomidas sus paredes, especialmente las que la separan del huerto inmediato.

Dos arcos, uno más elevado que otro, se alzan sobre el altar, y debajo de éste, cubierto con el lienzo que sirve de frontal, existe una cueva, hoy llena de cascajo y de gruesas piedras desprendidas del muro, sitio que como dijimos es donde asegura la tradición estuvo el santo Cecilio encerrado con sus compañeros.

Aún se descubren señales de la forma del calabozo, igual en su construcción a cuantos se ven en otros sitios análogos.

Unos pedazos de una cruz de piedra, puesta allí sin duda para

memoria, se descubren en un ángulo, la que dicen fue quitada al rellenar el lugar por los que adquirieron el terreno, esto es en cuanto al frente. A la derecha, entrando, se halla una larga losa de mármol negro con una inscripción muy legible todavía, que dice así:

V

Es antiquísima tradición que esta fue la cárcel o calabozo donde estuvieron presos los santos mártires señor San Cecilio, patrón y primer obispo de Granada, y sus once compañeros, de donde en diferentes *kalendas* los sacaron y llevaron por la puerta nueva al Sacro Monte, donde fueron abrasados vivos por la predicación de la fe, cuyas reliquias se descubrieron prodigiosamente en el año de 1595, y fueron calificadas en el de 1600. Y a impulso de la devoción del Ilmo. Sr. D. Francisco de Cascajares del Castillo Blancas y pastor, presidente de la Real Chancillería de esta ciudad y a su costa se erigió esta ermita y adornos. Año de 1752.

En el lado opuesto se divisa un lienzo de abigarrada pintura que trata de representar la agonía del Señor, y debajo un cartelón con este letrero:

Si el alma desfallecida
se encuentra sin alimento
de Jesús la voz sustento
le dará de eterna vida.

Tal es el estado de la capillita que hemos visitado. Gracias a la piedad de un menestral morador del Albaicín, apellidado José Farrugia, el día del patrono y algún otro extraordinario se celebra en ella misa, mientras con sus escasos haberes la va preservando de la incuria de los tiempos y del abandono de los hombres.

¡Quién sabe si por desgracia este piadoso lugar estará llamado a desaparecer como tantos otros, cubiertas sus venerables ruinas por las espinosas higueras chumbas, que se van enseñoreando de los terrenos donde un día se elevara el más rico y populoso de los barrios granadinos!

Antonio Afán de Ribera



Antonio Joaquín Afán de Ribera y González de Arévalo (Granada, 7 de febrero de 1834 - Granada, 5 de septiembre de 1906) fue un abogado, dramaturgo, cuentista, periodista y poeta español.

Procedía de una familia noble, descendiente del Adelantado de Andalucía Per Afán de Ribera. Aunque su fama no llegó a traspasar los límites de la provincia, fue popularísimo en su

ciudad natal, donde ejerció como juez municipal del juzgado del Campillo durante gran parte de su carrera. Realizó estudios de ingeniería en Madrid y de Medicina en Granada. Reunía los títulos de bachiller en Ciencias, doctor en Derecho y en Filosofía y Letras.

Sus trabajos tienen el sello de la localidad, siendo el asunto de sus aficiones la historia de Granada, sobre la que compuso multitud de tradiciones y leyendas. Fue colaborador de "La Alhambra" de Granada, redactor de "Gente vieja" y contertulio de la Cofradía del Avellano, tertulia artística y literaria encabezada por Ángel Ganivet, muy influyente en la cultura granadina. Era también conocido con el sobrenombre de «Gaudente el Viejo», utilizado por Ganivet para nombrar uno de los personajes de su novela "Los trabajos del infatigable creador Pío Cid". Fue fundador y alma de la Academia del Carmen de las Tres Estrellas, tertulia literaria que se reunía en su casa del Albaicín y que perduró más de un cuarto de siglo.

En política se adhirió al carlismo durante el Sexenio Revolucionario (en 1873 formaba parte de la Junta Carlista de Granada) y dirigió el primer diario carlista granadino, "La Esperanza del Pueblo", patrocinado por los arabistas de la Universidad de Granada Francisco Javier Simonet y Leopoldo Eguílaz, con el apoyo de más de una treintena de profesores de la misma universidad.